

brillante pero más tranquilo y más favorable al comercio. No se quiere ser una potencia política en la India; lo único que se quiere son algunas factorías en pequeño número... y algunos aumentos de dividendos.

Y en una memoria de julio de 1753, escrita para el contralor general, añadirá:

«La idea de imponer la ley á todo el Decán con un puñado de franceses es una locura.»

Cuando se supo en Francia el desastre de Triquinópolis, prodíjose un movimiento importante contra Dupleix, á quien desde hacía mucho tiempo se censuraba por su orgullo, por su ambición y también por su afán inmoderado de riquezas. Y ciertamente Dupleix amaba el dinero y aceptó de sus aliados presentes y *jaguirs*, es decir, rentas y pensiones. Su esposa fué también en extremo codiciosa; hija de un cirujano de la Compañía, viuda de un miembro del Consejo supremo de Pondichery, inteligentísima y versada en los asuntos y en las costumbres de la India, conocedora de las lenguas indígenas, consejera de su marido de cuyos intereses cuidada así en la India como en Francia (en Francia enviaba regalos á la señora de Pompadour), la «*Begún Joanna*,» como la llamaban, se conducía como una soberana y, al igual que su esposo, recibía *jaguirs*. Murzafá, después de su entronizamiento, dió á cada uno de los esposos tierras que rentaban doscientas cuarenta mil libras, y después de su instalación en Aurengabad otorgó á la *Begún* una nababía. Bien es verdad que Dupleix y su mujer no eran los únicos que se enriquecían, puesto que algunos individuos del Consejo supremo hicieron fortunas y Bussy envió á Francia mucho dinero para comprar tierras; pero toda la inquina fué contra Dupleix cuando los reveses pusieron en peligro su obra.

Mientras surgía el conflicto entre las Compañías inglesa y francesa, ó mejor dicho, entre los militares y los agentes de estas Compañías, los dos gobiernos de Francia y de Inglaterra vivían aún en paz, pues ni uno ni otro tenían ganas de dejarse lanzar á una guerra por los ingleses y franceses de la India. Entabláronse negociaciones entre Versalles y Londres y se convino en que un comisario inglés y otro francés irían, cada cual por su lado, á la India á fin de poner término á la lucha comenzada y de impedir que se reprodujera. El comisario francés, Godeheu, ex miembro del Consejo de Chandernagor y uno de los directores de la Compañía, llegó provisto de una instrucción oficial y de poderes secretos, y Dupleix, que era amigo suyo, vióle entrar en Pondichery, en 2 de agosto de 1745, con tanta mayor satisfacción cuanto que llegaba acompañado de tropas; pero al día siguiente Godeheu se hizo reconocer como gobernador por el ejército y entregar las llaves de la plaza, y el 14 Dupleix era embarcado para Francia, en donde al pronto fué bien recibido. En efecto, después de la marcha de Godeheu, habíase efectuado un cambio en la opinión; algunas memorias de Dupleix llegadas en el entretanto habían abierto los ojos á los ministros, y hasta se expidieron á la India órdenes para anular las instrucciones dadas á Godeheu; pero aquellas órdenes llegaron tarde y cuando se supo en Versalles que el comisario había tratado con los ingleses, aceptóse el hecho consumado. Dupleix no consiguió que se le hiciera justicia; su fortuna, que le había sido confis-

cada, no le fué devuelta y ni siquiera obtuvo la restitución de cantidades anticipadas por él á la Compañía. Sus acreedores le persiguieron y su casa fué vendida.

«He sacrificado mi fortuna y mi vida, escribía, para enriquecer á mi nación en Asia... Me he sometido á todas las formas judiciales y he pedido como el último acreedor lo que se me debía; pero mis servicios han sido calificados de fábulas...»

Dupleix morirá en la miseria en 10 de noviembre de 1764.

En diciembre de 1754, Godeheu había firmado con el gobernador Saunders un tratado ajustado á las instrucciones que llevaba y en las que se le ordenaba que no conservase posiciones demasiado difíciles de defender. En virtud de aquel tratado, la Compañía francesa sólo debía conservar Pondichery, Karikal y una factoría entre Nizampatnam y el río Gondecama, y las dos Compañías, inglesa y francesa, se obligaban á renunciar á toda «dignidad» en la India y á no intervenir en las contiendas entre los príncipes indígenas; de este modo quedaría establecida la igualdad entre ambas Compañías. Pero los sacrificios que por aquel tratado hacía Francia eran enormes, porque ella era la que poseía dignidades indígenas, la que tenía aliados, protegidos, es decir, un principio de imperio; por esto ha dicho con razón un inglés: «Hay que convenir en que pocas naciones han hecho en aras de la paz sacrificios de tanta importancia.» Por lo demás, aquel tratado caducó muy pronto, pues no tardó en comenzar la guerra oficial entre Francia é Inglaterra.

Después de partir Dupleix, Godeheu sólo permaneció en la India seis meses, ya que se embarcó en febrero de 1755. Su sucesor, Duval de Leyrit, mantuvo á Bussy en el Decán y personalmente impidió que los ingleses hicieran progresos en el Carnatic, en donde, á pesar del tratado Godeheu, se inmiscuían en los asuntos indígenas. Cuando se hubo declarado la guerra, dejó á los ingleses reducidos á las plazas de Saint-David, Arcota, Madrás y Triquinópolis; pero entonces llegó á la India, con el carácter de gobernador general de aquel país, el conde de Lally-Tollendal. Era éste un irlandés que había servido al pretendiente Carlos Eduardo y que, habiendo entrado en el servicio del rey de Francia, había sido utilizado en misiones secretas, y en el ejército habíase distinguido dondequiera que había luchado, en Kehl, en Philipsburgo, en Dettingen y en Fontenoi. Era un soldado enérgico, tenaz, que no se curaba de los obstáculos: «Mi deber, dijo un día, es apoderarme de Saint-David, suceda lo que suceda, aunque tenga que agarrarme al suelo con las uñas.» No admitía réplica en lo que mandaba y sus ademanes eran violentos. Cuando tuvo que habérselas con administradores coloniales, con especuladores, con comerciantes, hallóse desorientado, no viendo en todas partes más que explotadores y bribones. No conocía los asuntos de la India y no entendió ni quiso entender nada de las costumbres indígenas. Por otra parte, las instrucciones que llevaba eran contrarias á las ideas de Dupleix y de Bussy: le estaban prohibidas las expediciones lejos de la costa, debiendo contentarse con tomar Saint-David, Arcota y Madrás, y aun era preciso que incendiase y arrasase estas ciudades, y además se le ordenaba que substituyera á los bagajeros con bueyes y que hiciera llevar á los soldados

sus víveres y sus bagajes. La verdad es que en Versalles conocían muy mal las condiciones de la guerra en la India.

Lally llegó á Pondichery en abril de 1758 escoltado por una flota que mandaba de Aché y que no había de servir casi de nada durante la guerra, y atacó Saint-David, que tomó en junio y destruyó. Luego cometió toda clase de faltas, la mayor de las cuales fué ofender y violentar á los indígenas, «esos miserables negros,» como decía. Después de Saint-David, quería apoderarse de Madrás y para hacerse con dinero realizó en el reino de Tanyahore una expedición odiosa, durante la cual puso á subasta el saqueo de una ciudad é hizo fundir las estatuas de oro de una pagoda venerada. Incurrió en un gran error llamando á Bussy que estaba en el Decán y que al ser llamado objetó que la ocupación de aquel territorio era necesaria para proteger las posesiones francesas del Sur contra los ingleses, que se habían hecho dueños del Bengala.

Graves acontecimientos habían, en efecto, ocurrido en aquella región del Ganjes inferior de dos años á aquella parte. El Bengala era una de las subabías más importantes y más independientes de la India, y en él la Compañía inglesa poseía Calcuta y varias factorías, entre ellas Hougly, y la Compañía francesa, Chandernagor. En junio de 1756, el subab Suraya-up-Daúla entró en guerra con los ingleses, se apoderó de Calcuta é hizo en ella prisioneros á ciento cuarenta y seis ingleses á quienes encerró en un «agujero negro,» en donde ciento diez y seis de aquéllos murieron asfixiados. El Consejo de Madrás, para vengarlos, envió novecientos ingleses y mil quinientos cipayos al mando de Clive, quien recuperó Calcuta y Hougly, negoció con el subab, firmando con él, en febrero de 1757, una alianza ofensiva y defensiva, y se apoderó de Chandernagor. El subab, alarmado con estos triunfos, se volvió hacia los franceses; pero Clive sobornó á un nabab á quien prometió la subabía, y que hizo traición á Suraya cuando los tres mil infantes y los diez y ocho mil jinetes de éste fueron atacados cerca de Plassey por los tres mil hombres del general inglés. Después de aquella victoria, que no les había costado cien bajas, los ingleses ocuparon Murchidabad, capital de la subabía, y en cuanto tuvieron asegurada la conquista del Bengala, entraron en el Carnatic, de donde expulsaron á las pocas tropas francesas que allí habían quedado después que Bussy hubo ido á reunirse con Lally.

Lally, ayudado por Bussy, apoderóse de Arcota é intentó tomar Madrás; pero no tenía municiones, ni víveres ni dinero: sus tropas, á quienes no pagaba, se amotinaban, y algunos de sus soldados se pasaban al enemigo que tenía con qué mantenerlos. De aquí que, después de una victoria alcanzada en una salida de los ingleses, y de dos asaltos dados á la ciudad, la aparición de una flota inglesa obligó á retirarse á Pondichery en 17 de febrero de 1759. Entretanto, los ingleses obligaban al subad del Decán, hasta entonces aliado dócil de Bussy, á aceptar su protectorado; Bussy, enviado expresamente por Lally, no pudo reconquistar al subad que estaba irritado por las faltas que veía cometer al gobernador general francés, á quien llamaba «loco furioso.» Lally, por su parte, trataba mal á su segundo achacándole todos sus reveses, y hablando de él y del gobernador de

Pondichery, escribía: «Si hace seis meses os hubiese enviado á estos dos hombres atados de pies y manos, esta colonia estaría en estado de defensa.» Y hasta acusaba á Bussy de ser, «como Medea,» versado en el arte de la traición. Como se había atraído la enemiga de todo el mundo, á todo el mundo detestaba y calumniaba.

La situación de la colonia llegó á ser desesperada cuando la escuadra de Aché, que no se sentía con fuerzas para luchar con los ingleses, se alejó para no volver en septiembre de 1759. En los primeros meses de 1760, las tropas francesas, destrozadas y poco seguras, realizaron inútiles tentativas contra Arcota y Triquinópolis y se retiraron vencidas á Pondichery. Los ingleses bloquearon esta ciudad, cuya defensa paralizaron las discordias intestinas; Lally y el Consejo superior se llenaron mutuamente de insultos; el general quería impedir el despilfarro de las subsistencias y los comerciantes se amotinaron, en vista de lo cual aquél mandó levantar horcas y ruedas para los sediciosos. Lally capituló en enero de 1763, después de cinco meses de sitio, y los ingleses destruyeron la ciudad imitando el ejemplo de los franceses en Saint-David. Quedábale á Francia en la India solamente Mahé, que capituló en febrero.

En París, adonde llegaban á la vez las noticias de los desastres de la India y del Canadá, Lally fué acusado de todos los crímenes posibles, en vista de lo cual pidió á los ingleses que le diesen libertad, bajo palabra de honor, para ir á defenderse. El ministerio reveló su correspondencia á aquellos á quienes en términos tan violentos había acusado y que entonces se amotinaron contra él. Llegaron Bussy, Leyrit y varios consejeros de la India; Bussy, bien que en forma mesurada, explicó los desastres por las faltas cometidas; los consejeros publicaron multitud de memorias, y Le Noir llegó á inventar una tarifa de los precios á que Lally había vendido las ciudades francesas á Inglaterra. Choiseul aconsejaba al general que huyese; pero éste quiso quedarse para ser juzgado y pidió que le hicieran comparecer ante un consejo de guerra, lo que no pudo conseguir, pues el procurador general del Parlamento lo reclamó. El rey, en letras patentes de 12 de enero de 1763, ordenó al Parlamento que instruyera el proceso «en todo cuanto se refiriese á los acontecimientos de la India,» con la esperanza de englobar de esta suerte en la acusación á todos los que hubiesen obrado mal en aquel territorio y tal vez de salvar al general; pero el Parlamento no quiso juzgar más que á éste. El proceso siguió lentamente su curso durante diez y ocho meses, sin que se tomase declaración á Lally; los magistrados estudiaban las memorias escritas contra los acusados y como no conocían los asuntos de la India, no se hallaban en condiciones de comprenderlos, habiéndose llegado á decir de algunos de ellos que tomaban los «cipayos» por monedas. El consejero Pasquier, encargado de la ponencia, acusó á Lally de haber sido causa de la pérdida de la colonia; enumeró indicios que podían hacerle acusar de traición, especialmente las negociaciones para la rendición de Pondichery, que le parecían un galimatías inexplicable, y dictaminó que el acusado había hecho traición «á los intereses del rey.» Lally fué condenado, en 6 de mayo de 1766, á la pena de decapitación que se ejecutó tres días después en la plaza de Greve. Su elevada alcurnia y su categoría dábanle derecho á ser

conducido al suplicio en la carroza enlutada; á pesar de esto pusiéronle en un chirrión y lo amordazaron, y el verdugo, que sólo á medias lo decapitó con su hachazo, le cogió las orejas para sujetar la cabeza mientras que sus ayudantes le aserraban el cuello. Muy pocas personas, una de ellas Voltaire, salieron á la defensa de aquel desgraciado que había cometido ciertamente muchas faltas, pero á quien no se podían en justicia achacar las faltas de todos y especialmente del mayor culpable, el gobierno, que lo había elegido, aun sabiéndote impropio para una misión tan difícil, y que con su política continental se había imposibilitado de enviar socorros á la India. La opinión pública quedó expresada en una carta ruin de la señora Du Deffand á Walpole: «Lally ha muerto como un rabioso... Como se tenía que se tragase la lengua, pusiéronle una mordaza... Ha causado general satisfacción todo lo que ha hecho más ignominioso el suplicio, el chirrión, las esposas, la mordaza. El verdugo ha tranquilizado al confesor que tenía miedo de ser mordido... Lally era un gran bribón y por añadidura muy desagradable...»

IV. — El tratado de París

Choiseul no había cesado de negociar para obtener la paz é intentó tratar separadamente con Inglaterra, aceptando la mediación que le brindó Carlos III, quien en 1759 ocupó el trono de España por muerte de su hermano Fernando VI. Excusóse con la corte de Viena y en una carta dirigida en 29 de octubre á su primo, Choiseul Praslin, embajador cerca de la emperatriz, hablaba del gran esfuerzo que había hecho para la campaña de 1759, por tierra y por mar, y recordaba nuestras «desgracias militares.» Lamentábase de que los «aliados poderosos» de Francia no hubiesen puesto «con sus victorias peso en la balanza,» y confesaba el agotamiento del reino: «Nuestro crédito, que constituía la gran rama de nuestro poder, está aniquilado.» El rey hizo «una especie de bancarrota,» y para pagar á las tropas en el mes de noviembre hablóse en consejo de enviar á la Casa de la Moneda las vajillas del monarca y de los particulares. Era aquel un «estado espantoso,» y, por consiguiente, «no hay compromiso que valga contra lo imposible.» Él no quería indudablemente abandonar á la emperatriz: «No firmaremos la paz terrestre sin ella, de año en año nos destruiremos en favor suyo; pero es preciso advertirle que las circunstancias nos obligarán á firmar la paz, en cuanto sea posible.»

Aquella tentativa de una paz separada con Inglaterra y la intimidad que comenzaba á establecerse entre Francia y España disgustaban á Viena; también en Londres tomóse muy á mal la intervención española. Después de varias gestiones de agentes y de conferencias entre Inglaterra y Holanda, en la primavera de 1760 se interrumpieron las negociaciones porque Inglaterra rechazaba la idea de un tratado en el que no estuviese comprendido el rey de Prusia; pero á fines del mismo año, después de la muerte de Jorge II, se reanudaron, tratándose entonces de la reunión de un congreso general que se efectuaría en Augsburgo y que, sin embargo, no se celebró. En julio de 1761, Pitt redactó un *ultimatum* altanero y rencoroso, y Bussy, que era entonces embajador de Francia en Londres, explicó á Choiseul,

en una carta de agosto de 1761, el poder de que gozaba Pitt:

«Este ministro es, como sabéis, el ídolo del pueblo, que le mira como al autor único de sus triunfos y que no tiene la misma confianza en los miembros del Consejo. La corte y sus partidarios se ven obligados á guardar las mayores consideraciones á los caprichos de un pueblo fogoso, al que es peligrosísimo contrariar hasta cierto punto. El Sr. Pitt une á la reputación de la superioridad de ingenio y de talentos la de la probidad más exacta y del más singular desinterés... No es rico y nada hace para serlo; sencillo en sus costumbres y en su representación, no busca la ostentación ni el fausto; no hace á nadie la corte ni admite que nadie se la haga á él; y ni grandes ni pequeños son recibidos en su casa como no tengan que hablarle de negocios. Es muy elocuente y tiene seguridad y método, pero es también capcioso y confuso y posee todas las artimañas de un hábil procurador. Es valiente hasta la temeridad, sostiene sus ideas con ardor y con una tenacidad invencible y quiere sojuzgar á todo el mundo con la tiranía de sus opiniones. El Sr. Pitt parece no tener más ambición que la de elevar á su nación al pináculo de la gloria y rebajar á Francia hasta el último grado de la humillación.»

A pesar de todo, entabláronse negociaciones sobre la base del *ultimatum* inglés, obrando Francia y España de común acuerdo. Bussy presentó las reclamaciones de España y apoyó la demanda por ésta formulada del derecho de pesca en Terranova; por lo que Pitt, que habría preferido, según él mismo decía, dar á los españoles «la torre de Londres,» escribió á Bussy:

«Debo declararos muy francamente en nombre de S. M. que no tolerará que las disputas de España se mezclen en modo alguno en las negociaciones de paz entre ambas coronas... Además, no se admite que Francia tenga nunca el derecho de meterse en esas discusiones entre la Gran Bretaña y España.»

Entonces Choiseul hizo llegar á manos de Carlos III una memoria en la que ponía en parangón la conducta de Inglaterra y la de Francia, y en estas condiciones se firmó el «pacto de familia.»

La idea de una alianza entre Borbones no era nueva, puesto que los Borbones de Versalles, de Madrid y de Italia ya se habían unido en los tiempos de la sucesión de Polonia y de la sucesión de Austria; pero Choiseul le dió toda su amplitud. Por el pacto de 15 de agosto de 1761, los reyes de Francia y de España se garantizaban recíprocamente sus Estados y posesiones; cualquier ataque contra uno de ellos obligaría al otro á prestarle inmediato auxilio, para lo cual se fijaban ya los contingentes; y no podría firmarse paz alguna sino de común acuerdo. En aquel pacto serían admitidos los Borbones de Parma y de las Dos Sicilias; y, en efecto, muy pronto se adhirió á él don Felipe de Parma y Fernando de Nápoles; además, podría hacerse extensivo á los reyes de Portugal y de Cerdeña. La concepción era vasta: Francia, España y la Italia borbónica se habrían encontrado aliadas entre sí y con Austria, la amiga de Francia, constituyendo una gran liga católica enfrente de los Estados protestantes, Prusia é Inglaterra; pero no pudo realizarse por entero, pues ni Portugal ni Cerdeña se adhirió á ella. De todos modos, lo esencial

de la combinación era la estrecha unión de Francia y España que realizaba la esperanza de Luis XIV y que más adelante, en tiempo de la guerra de la independencia americana, prestará á Francia grandes servicios. Pero, por desgracia, en aquellos momentos España no podía aportar un concurso de fuerzas suficientes á la Francia vencida y extenuada; bien se vió después que España hubo declarado la guerra á Inglaterra en 1.º de mayo de 1762.

En aquella fecha había ocurrido en Inglaterra un suceso de gran trascendencia. El advenimiento de Jorge III al trono, en 27 de octubre de 1760, había quebrantado el poder de Pitt; éste, á quien el nuevo rey no quería y que continuaba mostrándose intransigente con Bussy, al que decía, en agosto de 1761, que no le parecía llegado aún «el feliz momento de la paz,» fué destituido en 5 de octubre de aquel mismo año. Su sucesor, Lord Bute, era de carácter menos intratable, pero necesitaba contar con el partido militar, con el partido de los comerciantes y con el pueblo, de quien Pitt era el ídolo. La intervención de España fué un gran argumento para los partidarios de la guerra, pues ella daba ocasión para arruinar la marina y el comercio de España y atacar las Indias españolas. En agosto de 1762, los ingleses habían conquistado la Habana. ¿Por qué habían de detenerse en tan hermoso camino? Sin embargo, en 3 de noviembre de 1762 se firmaron los preliminares de Fontainebleau que, en 10 de febrero de 1763, se convirtieron en el tratado de París.

Francia recobraba la Martinica, la Guadalupe y Belle-Isle, á cambio de la restitución de Menorca á Inglaterra; obtenía bajo condiciones complicadas, estipuladas en términos dificultosos, el derecho de pesca en Terranova, y los islotes de San Pedro y de Miguelón; cedía su imperio de las Indias, en el que sólo conservaba (y aun á condición de no reclutar en ellas tropas) las factorías de Chandernagor, Yanaón, Karikal, Mahé y Pondichery, y cedía también su imperio de América, las islas de la Dominica, de San Vicente, de Tabago, de Granada y de las Granadinas, el Canadá, la isla del Cabo Bretón, las islas del San Lorenzo, el valle del Ohío y la margen izquierda del Missisipi. España, para recobrar la Habana, cedió á los ingleses la Florida, y Francia, para indemnizar á España, le dió la Luisiana, siendo éste el primer efecto del pacto de familia. Finalmente, Francia cedió el Senegal, en donde no conservó más que la isla de Gorea.

Algunos meses después, en 15 de febrero de 1763, el tratado de Hubertsburgo ponía término á la guerra continental, volviendo las cosas al ser y estado que tenían antes de la guerra. El rey de Prusia, que había recuperado la Pomerania, evacuada por Suecia, en virtud de un tratado firmado en Hamburgo en mayo de 1762, conservó la Silesia. Inglaterra y Federico eran los vencedores en aquella gran guerra.

La resistencia de Federico, rey de dos millones quinientos mil súbditos, á los ataques de tantos enemigos, que parecían mucho más poderosos que él, fué el asombro del mundo entero; la fuerza que reveló ha sido duplicada por la admiración que inspiró en todas partes, y que fué profunda en Alemania en donde exaltóse el sentimiento patriótico tan duramente puesto á prueba

durante largo tiempo. En la persona del rey de Prusia anunciábase un protector de Alemania mucho más temible para Francia y para todos los Estados acostumbrados á pescar en las aguas turbias alemanas, que lo había sido el Austria. La guerra de Siete Años hizo á Prusia gran potencia alemana y gran potencia europea. Inglaterra es resueltamente la señora de los mares; la marina francesa, por ella destruída, podrá renacer; pero ¿qué concurso de circunstancias no se habría necesitado para que Francia recobrara sus perdidos imperios? Y estas circunstancias no habían de presentarse.

En Francia, el sentimiento nacional ha sido ofendido violentamente por tantos desastres que ni siquiera habían dejado á salvo el honor. Aplaudían á Federico; se le celebraba en verso y en prosa, se componían canciones sobre los ministros que dirigían la política, sobre los generales que mandaban los ejércitos y hasta canciones alegres sobre los mismos desastres. Y es que la opinión no ponía interés alguno en los hechos y en los actos de un gobierno y de una corte que perdían toda autoridad, toda influencia sobre la nación. Mas no por ello dejaba de comprenderse la importancia que Francia perdía en el mundo y se opinaba lo que escribía el cardenal de Bernis en un juicio sobre el papel de los diversos Estados antes y durante la guerra: «El nuestro ha sido extravagante y vergonzoso.»

CAPITULO III

LA PROPAGANDA FILOSÓFICA (I)

I. Formación del partido filosófico. La Enciclopedia. — II. El patriarca de Ferney. — III. Rousseau.

I. — Formación del partido filosófico. La Enciclopedia

«El comedio del siglo — escribe d'Alembert — parece destinado á formar época en la historia del espíritu humano á causa de la revolución que, al parecer, se prepara en las ideas.» En efecto, Montesquieu publicaba

(1) FUENTES: D'Argenson (t. VII), Barbier (t. III y IV), Señora du Deffand, Dufort de Cheverny, Sra. de Epinay, Grimm, Henault, ya citados. D'Alembert, *Œuvres et Correspondance inédite*, pub. por Henry, París, 1886. *Encyclopédie: Discours préliminaire* (t. I, París, 1751). Diderot, *Œuvres complètes*, París, 1875-1877, 20 vol. Bachaumont, *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres depuis 1762 jusqu'à nos jours*, Londres, 1777-1789, 36 vol. (los siete primeros volúmenes). Rousseau (J. J.), *Œuvres* (ed. de 1826) y especialmente *Art. sur l'économie politique*; *Disc. sur les sciences et les arts*; *Disc. sur l'inégalité* (t. II); *Lettre sur les spectacles* (t. II); el *Emile* (t. III, IV y V); el *Contrat social* (t. VI); *Lettre à Christ. de Beaumont* y *Lettres de la montagne* (t. VII); *La nouvelle Héloïse* (t. VIII, IX y X); las *Confessions* (t. XV, XVI y XVII). Voltaire, *Œuvres* y especialmente *Correspondance*, ed. Garnier; los *Quand*; los *Car*; el *Plaidoyer pour Ramponneau*; el *Extrait des sentiments de Jean Meslier*; el *Sermon des Cinquante* (t. XL, ed. Beuchot); el *Traité de la tolérance* (t. XLI); las *Guèbres* (t. IX); la *Histoire du Parlement* (t. XXII); el *Dictionnaire philosophique* (t. XXVI á XXXII); el *Essai sur les mœurs*, ed. Beuchot; *Le Siècle de Louis XIV*, ed. Rebillion y Marion, París, 1892; Longchamp y Wagniere, *Mémoires sur Voltaire et ses ouvrages*, 2 vol., París, 1825. *Lettres de Mmes. de Graffigny, d'Épinay, Suar...* (sobre su estancia al lado de Voltaire), pub. por Asse, París, 1878. Señorita de Lespinasse, *Lettres*, pub. por Asse, París, 1876; y *Lettres inédites*, pub. por Henry, París, 1887. Condillac, *Œuvres complètes*, 21 vol., París, 1821-22. D'Holbach, *Système de la Nature*, París, 1770, 2 vol. Palissot, *Œuvres*, 4 vol., 1788. *L'Année littéraire*, pub. por Fer-